

“Un buen sacerdote y docente”

Conocí a don Amador en el Colegio Mayor Aralar, en junio de 1966. Acababa de regresar de Roma, donde había cursado los estudios institucionales de Teología, aunque me faltaban un par de materias, que él me impartió aquel verano. De las clases, recuerdo su especial devoción al magisterio del Concilio Vaticano I y a su contexto histórico. Don Amador fue siempre muy devoto de la tradición de la Iglesia y se manejaba bien en la Historia de la Teología y de los Dogmas.

Me ausenté un año de Pamplona. Y cuando volví en octubre de 1967, para incorporarme al recién erigido Instituto Teológico, él era secretario del centro académico, que tenía su sede provisional en la Catedral de Pamplona. Para ganar tiempo, mientras se terminaba la reforma de las dependencias, don Amador había improvisado en el Colegio Mayor Aralar una “oficina” para la matriculación de los primeros treinta alumnos, y había contratado a Adolfo Castaño León, eficientísimo administrativo, para los trámites burocráticos.

Las clases del Instituto empezaron a mediados de octubre de 1967, en unas dependencias catedralicias a las que se accedía por la Puerta Preciosa del claustro. Don Amador tuvo que organizarlo todo: contratar a Donato Domínguez, que fue el primer bedel, viudo, a quien buscó esposa y los casó; elaborar los horarios de la docencia, distribuir los despachos y organizar el organigrama de la incipiente administración; siempre en sintonía con don Alfredo García Suárez, que era el director, y el resto de la Junta, compuesta por don José María Casciaro y don Pedro Rodríguez. Además, se encargó de impartir una asignatura de nuevo cuño, que denominó “Historia de la Teología”.

En noviembre de 1969, cuando la Santa Sede transformó el Instituto en Facultad de Teología, él me nombró oficiosamente ayudante suyo en las tareas de la secretaría (me enseñó a llevar con orden las convocatorias, custodiar el archivo académico, perseguir a los profesores para que cumplimentasen las actas y las firmasen, tener al día los pagos de las facturas de proveedores, etc.), y me introdujo en la docencia de alguna asignatura secundaria.

Cuando dejó la Facultad, para trasladarse a Granada por razones pastorales, había cumplido sus dos sueños: inaugurar un edificio de nueva planta para la Facultad de Teología en el campus, y plantar un crucero de piedra frente al puente románico, cerca del Colegio Mayor Goimendi. Esos diez años han dejado un recuerdo imborrable en los colegas, alumnos y administrativos (la plantilla había aumentado con la incorporación de Lourdes Ardanaz y María Jesús Bertolín). Su simpatía, su sonrisa inalterable, su capacidad de acogida y su atenta escucha estarán para siempre en la memoria de quienes lo hemos tratado. Descanse en paz tan buen sacerdote y docente.

Josep-Ignasi Saranyana

15.05.2023